

«Bendigamos su corona;
 «Mas si después fué verdugo,
 «Nuestra justicia le agobia;
 «Si heroe tuvo nuestros lauros,
 «Tirano tenga la horca.....
 «Dejemos ese recuerdo,
 «Que es de mexicanos gloria,
 «Que si los pueblos se vengan
 «Los nobles hechos no borran.»

Todos á esta voz se aquietan
 Y sus ímpetus sofocan,
 Porque la razón hablaba
 Del gran Llaca por la boca.
 Así recogen sus alas
 Las nubes tempestuosas,
 Cuando el viento poderoso
 A otra región las arroja,
 Y descubren el zafiro
 De los cielos que abandonan.

REFRIDADO Y VERIFICO ROMANCE

DE LOS

DOS ANTONIOS DEL 6 DE DICIEMBRE.

Cual confiado cocodrilo
 Que junto á las aguas duerme,
 Y de súbito las mira
 Convertidas en torrente,
 Que le cerca, que le arrolla,
 Que furibundo le envuelve
 Y le azotá arrebatado
 Y con bravura le hiere,
 Así resintió Santana
 La revuelta de Diciembre.
 Le pide al poder esfuerzo,
 Convoca á sus tropas fieles,
 Que Querétaro ocupaban,
 Y á la capital se vuelve,
 Donde necio se imagina
 Que ha quedado quien le vengue.
 Llama á Cortazar entonces
 Que era distinguido jefe:
 Mas le encela su renombre
 Y con engaños le aprehende.
 En su coraje insensato
 Mata, roba, asalta aleve,
 Y desata sus furores
 Sobre los pueblos inermes.
 Ya aturdido corre incierto
 Sin hallar donde meterse,
 Como venado en llanura
 Huye de canes valientes.
 Y mientras prepara á Puebla
 Odio, injuria, incendio y muertes;
 Mientras rompe un armisticio,
 Desvergonzado y aleve.

Cuyo atentado Inclán frustra
 Cubriéndose de laureles,
 De el gran Bravo solicita
 Y de su bondad obtiene,
 Como jefe de las fuerzas
 Del Gobierno de Diciembre,
 Liberal salvo conducto
 Con el que ampara y defiende
 A dos fieles emisarios
 Que enviar al Gobierno quiere.

II.

LOS EMISARIOS.

¿Para donde va la gente
 Formando estruendoso escándalo,
 Como furias las mujeres,
 Como tigres los pelados?
 ¿Por qué los dragones corren
 Espoleando los caballos
 Con el furor en los ojos
 Y con el sable en la mano?
 ¿Por qué el tumulto acomete
 La garita de San Lázaro,
 Y el recinto en ciudadela
 En instantes se ha formado?
 Es que aquellos muros guardan
 A los dos comisionados
 Que audaz Santana dirige,
 La ira del pueblo azuzando.
 Vedlos, el uno es moreno,
 Pelo negro, enmarañado
 Hasta cubrirle los ojos,
 Hundidos, fieros y uraños,
 Suspícales, vacilantes
 Entre el correr y el asalto
 —Es el general Mendoza,
 Por muchos, loco llamado,
 De valor esclarecido,
 Orgullo de los soldados;
 Le sigue lo extravagante,
 Lo inesperado y lo extraño.
 —Y ese catrín de ojo verde,
 Chiquitín, erguido, guapo

Barbilampifio, meloso
 Y cumplido *currutaco*
 Ese es un pollo de cuenta,
 Es el grande Antonio de Haro
 Astuto como la zorra,
 Valiente como los diablos,
 De títere la figura,
 En sus hechos un Bernardo.
 ¡Que muera! grita la gente:
 ¡Que muera! gritan airados
 Los del pueblo amenazante,
 Las mujeres y soldados;
 Esgrimiendo furibundos
 Lanzas, espadas y palos
 Entre aguaceros de piedras
 Y gritos desaforados.
 Entretanto las campanas
 Llaman tocando á rebato,
 Y salen de entre el tumulto
 Gritos de muerte y disparos.

EL GOBIERNO.

Sabedor el imperante
 La embajada, delibera
 Si le escucha comedido
 O á la justicia le entrega;
 Porque Haro ante el gran Jurado
 Tiene pendientes sus cuentas.
 Y eran ministros sesudos
 Del buen don Joaquín Herrera
 Riva Palacio el astuto,
 De gran mundo y muchas tretas,
 Con Don Pedro García Conde,
 Que gobernaba la guerra;
 Y Echeverría Don Pedro
 El de la tupida ceja;
 Y el clerical delicado,
 El tímido don Luis Cuevas,
 Que entró á la vida y salióse
 Por la puerta de la Iglesia.
 Todos, pues, examinaron
 En la dura peripecia,
 Resolviendo que el congreso
 Del asunto decidiera,

Y dando orden que á la cámara
 Los enviados condujeran,
 Seguros y circundados
 De tropas y bayonetas.
 El movimiento se inicia
 Ruge la turba, se inquieta,
 Y á los coches que conducen
 La delincuente pareja
 Se avalanza furibunda,
 Y en los soldados se estrella;
 Avanzando, resistiendo
 Y en tremebunda refriega
 Llega el concurso á Palacio
 Do sobre un mar de cabezas
 Se levantan los fusiles,
 Las espadas centellean,
 Y los puñales furtivos
 Los brazos desnudos llevan.
 Así en tropel y rompiendo
 Muros, cancelos y puertas,
 Atropellando conserjes,
 Y arrollando centinelas,
 Emisarios y soldados
 Y chusma que clamorea,
 Al santuario de las leyes
 Como torrente penetra.

LA CÁMARA.

Estaban los diputados
 Ocupando sus asientos
 Inmóviles como estatuas,
 Graves, majestuosos, serios,
 Mientras del bajo edificio
 Las columnas y los techos
 Retemblaban con los gritos,
 Con los amagos sangrientos,
 Con el vibrar de la injuria
 Y del odio con los truenos.
 Ocultos los emisarios
 Están bajo el dosel mismo,
 Sirviéndoles como escudo
 El presidente en su puesto.
 A discutir va la cámara
 La consulta del Gobierno

Sobre si á Haro se le aprehende,
 Y se trata como reo.
 Declarado Canalizo
 E Ignacio Basadre presos;
 O si el seguro de Bravo,
 Como jefe del ejército,
 Para que vuelvan impunes
 A su campo es valedero.
 La discusión se ha iniciado;
 Toma participio el pueblo;
 Y los clamores estallan
 Reprobando ó aplaudiendo.
 De pronto hórrido retumba
 Un dominador acento
 Que los ruidos apagando
 Grita ¡silencio! ¡silencio!
 Los rostros vuelve el concurso;
 Y de pie sublime, excelso,
 Se destaca el gran Pedraza
 Como en los aires suspenso.
 —«Sabéis quien es ese monstruo
 Que espera aquí el fallo nuestro,
 Terrible y amenazante?»
 Dijo, los aires rompiendo,
 «Era el alma del tirano
 Dentro del caído gobierno;
 Resorte de sus engaños,
 Disfraz de sus malos hechos,
 La trama de sus intrigas,
 De sus perfidias veneno,
 De sus viles concusiones
 Agente astuto y protervo,
 El furibundo enemigo
 De la libertad del pueblo,
 El prófugo del palacio
 En cuanto se asomó el riesgo,
 El asaltante de Lagos,
 El del robo consejero.
 ¿Y sabéis á lo que viene?
 A que se humille rastrero
 El pueblo, á que se retracte
 De sus heroicos esfuerzos,
 A que alee al tirano estatuas,
 A que con laureles nuevos,
 Impune, libre y hourado

Se le mande al extranjero,
 Después de escupir al rostro
 De la patria de Morelos.»
 Aquel pavor imperando,
 Aquellos oyentes muertos,
 Aquellos ojos brillantes,
 Aquellos labios abiertos,
 Y aquel terrible Pedraza
 Que convertido en espectro,
 Embargaba los sentidos
 Y encadenaba el aliento,
 No, no son para descritos,
 Y á que lo imaginen dejo.
 Así continuó Pedraza,
 Tras de callar un momento:
 —«Y sabéis de dónde viene
 Ese fatal mensajero?
 Viene de entre los verdugos
 Del que es su nativo suelo,
 Procurador de su infamia,
 Atizador de su incendio,
 De su tierra, de su cuna,
 Donde vió la luz del cielo,
 Donde de la tierna madre
 Sintió los amantes besos;
 El vergel en que volaron
 Sus infantiles ensueños;
 El relicario precioso
 De sus amores primeros;
 La tierra que de sus padres
 Guarda memorias y huesos;
 A esa madre la escarnece.
 La embriaga de vilipendio.
 Y yo en nombre de mi patria
 Y sus grandes sentimientos,
 En nombre de nuestros heroes,
 En nombre del Ser Supremo,
 Antonio Haro, te maldigo,
 Te maldigo hombre perverso,
 Y mi maldición te siga
 Hasta tu postrer aliento.»
 —Y aquella voz resonaba
 Como rayo en el desierto.
 Los oyentes eran piedras:
 El recinto cementerio.

El terror tornó en caverna
 De fantasmas el Congreso.
 —Pedraza dijo—«pero ese,
 Ese abominable reo
 Viene bajo del seguro
 Sagrado de un jefe nuestro,
 Y para darle castigo
 Que se merece, tenemos.
 Que atropellar su palabra,
 Que violarla, que violentos
 Compitamos en vilezas
 Con los enemigos nuestros.
 Y eso no, porque es muy grande
 Y es generoso mi pueblo.
 Que vuelva libre Antonio Haro
 Que vuelva libre á su puesto.»
 Y libre salió Antonio Haro
 Entre silencioso pueblo,
 La maldición de Pedraza
 Confundido repitiendo.

Santa-Ana vagó aturdido
 Con susto do quiera huyendo;
 Hasta que al llegar á un rancho
 De Jico, le sorprendieron
 Unos indios que le tratan
 Como á vulgar bandolero,
 Y al castillo de Perote
 A pie le llevaron preso.
 Años tras años pasaron
 Que en sus alas llevó el tiempo,
 Tal pareciendo que de Haro
 No quedaba ni recuerdo:
 Pero cual rumor lejano
 La noticia vino á México,
 Que Haro triste y escondido
 En un lejano convento
 En austera penitencia
 Pasó sus años postreros,
 La maldición de Pedraza
 Con espanto repitiendo.

Marzo.—1895.

GUILLERMO PRIETO

A LLACA.

¡Llaca, por siempre adiós! Duerme tranquilo
 A la sombra del árbol de la muerte!
 Cual héroe que en la lid mostró su saña
 Y después, en la tienda de campaña,
 Feliz concilia el apasible sueño.
 No lloremos por él, volvióse al cielo;
 Su ropaje mortal guarda esta losa.
 ¡Ah! yo tomo tu acento patria mía,
 Tu voz doliente de íntimo quebranto,
 Y esparzo fecundadas con mi llanto
 Flores de amor sobre su tumba fría!
 ¡Llaca, por siempre adiós! Yo te ví un día
 Vibrar de tu elocuencia vengadora
 Rayos mil á la infame tiranía,
 Tronó tu indignación en la tribuna,
 Al grito santo retembló la tierra,
 Y pálido escuchó la voz de guerra,
 Quien tuvo encadenada la fortuna.
 Entonces, imperando en el concurso,
 La faz tranquila, con serena frente,
 La magia de tu espíritu elocuente
 A la patria estenuada revivía,
 Y relució la antorcha de esperanza
 Como el astro purísimo del día!
 ¡Ay! que esa frente que sirvió de trono
 A la augusta y fecunda inteligencia
 Yace marchita en el humilde suelo!.....
 ¿Y esta es la vida? ¡De miseria y nada!
 Bella, efímera flor que se doblega
 Al soplo ingrato de inclemente hielo;
 Gota pura de cándido rocío,
 Que brilla con el sol sólo un instante
 Al caer y apagarse sobre el polvo
 Que cubre estéril el mezquino suelo.

¿Y dejas á tu patria agonizante?
 ¡Ay! su aurora de vida independiente
 Nació alumbrando tu temprana tumba!
 Clamaste por su bien y su ventura,
 Porque fueran las leyes su divisa,
 Porque se hiciera soberana y fuerte;
 Y te escuchó; miraste su sonrisa,
 Y descanso pedistes á la muerte!.....
 Silencio! Pero vele la esperanza
 Que no pide la tumba llanto estéril.....
 Pide resolución, clama venganza.
 Sí, duerme en paz, y duérmete al arrullo
 Que te forme el combate turbulento,
 Veremos tu sepulcro con orgullo,
 Y por la patria en medio á la pelea
 Tu nombre signo de victoria sea!!!...
 ¡Llaca, por siempre adiós! Ilustre hermano,
 Tú que abrigaste siempre en tus entrañas
 Amor sublime al nombre mexicano:
 Tú que al subir al trono del Eterno,
 Dejas rastro de luz, de luz de gloria:
 Tú que amparabas á la patria mía,
 Y á interceder por ella fuiste al cielo:
 Haz que respire una aura de ventura,
 Haz por que un nuevo sol nos halle unidos
 En dulce lazo y en alianza pura.
 Ve de la patria el afrentoso ultraje:
 Mírala hollada por el vil tejano;
 Mírala presa del feroz salvaje;
 Mírala entre las garras del tirano.
 Esta es la patria que te dió su aliento
 Y con sus alas protegió tu cuna;
 Es la patria en que se halla la tribuna
 Donde sonó tu vigoroso acento:
 Esta es la patria en que tu padre anciano,
 Lloro doliente por tu nombre tierno,
 El padre de tu amor, que te besaba
 Durmiendo niño en el hogar materno.
 Ruega por esta patria, sé su amparo,
 Luzca sobre ella de esperanza el faro;
 Adiós..... escucho el bronce funerario,
 Miro ardiendo la cera amarillenta,
 Como que gime el cántico de muerte;
 Son sollozos los rezos del santuario,
 La negra fosa su poder ostenta;

Todo oprimido de dolor observo,
Todo me anuncia del mortal la suerte;
Pero no, que la noble inteligencia
Jamás perece: quédase en la tumba
La vil materia, como en seco tronco
La red mezquina que cubrió al gusano,
Que después convertido en mariposa,
Desplega el ala en la región del viento;
Tú vives ya inmortal, hondo tormento,
Tu falta Llaca, y tu valor nos deja,
Queda sólo á los ojos triste llanto,
Y al triste labio dolorosa queja.

¡¡Llaca!! por siempre á Dios. El te aligera
La tierra que te guarda en sus entrañas.....
Viendo estoy el dolor en los semblantes
De esos que te llamaron compañero,
De quienes fuiste predilecto amigo.....
El Señor de los cielos te dé abrigo
Y torne altar tu tumba do algún día
De libertad incienso, entre sus flores,
Se queme en ella por la patria mía.

Diciembre 23 de 1844.

Invasión Norteamericana.

